

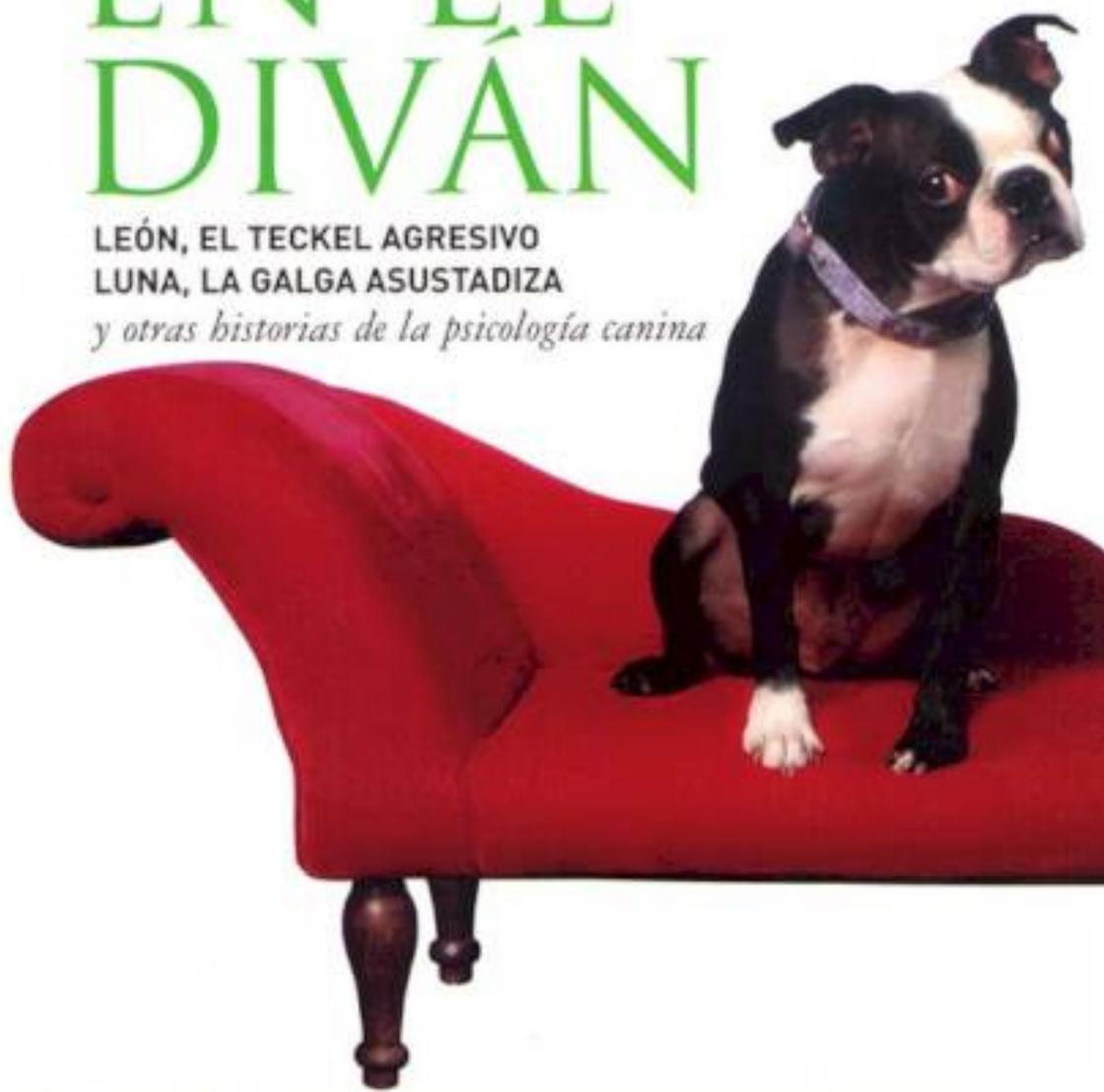
Pablo Hernández

PSICÓLOGO VETERINARIO

UN PERRO EN EL DIVÁN

LEÓN, EL TECKEL AGRESIVO
LUNA, LA GALGA ASUSTADIZA

y otras historias de la psicología canina



¿Sabía usted que los animales domésticos tienen, como los humanos, problemas de comportamiento? ¿Y que existen especialistas en resolver estos problemas? **Pablo Hernández** es precisamente eso: un etólogo, un psicólogo veterinario. Su labor le ha llevado a tratar todas las situaciones y relaciones que se pueden dar entre los perros y sus dueños, desde las más conflictivas a las más curiosas.

En este libro ha plasmado sus experiencias, narradas en forma de divertido relato de su jornada profesional. Multitud de historias reales en las que se enfrenta a particulares casos de psicología canina cuya resolución puede ayudar a todos los perros con los mismos problemas.

HARPO, el bulldog francés que siempre aullaba en ausencia de sus dueños.

REY, el bichón maltés que se empeñaba en marcar todos los rincones de la casa.

LUNA, la galga adoptada y asustadiza.

NESKA, la pastora alemana que no paraba de morderse la cola.

LEÓN, el teckel agresivo.

Sé que estaba orgulloso de mí, aunque tardé en descubrirlo. Estoy seguro de que este libro le habría hecho estarlo aún más.

Agradecimientos

A Torpe, por su «animalidad», su apoyo, en fin, por ser ella.

A Pepe, por su interés, sus consejos y, cómo no, su amistad.

A mi familia, por aguantarme.

A mis editores, por confiar en mí.

Y, por supuesto, a mis clientes y pacientes, parte esencial de este libro.

Amanezco que no es poco

Abrí un ojo. Lo más difícil ya estaba hecho. Abrí el otro. Ya sólo quedaba echarle valor y despegar las sábanas del cuerpo, tarea nada fácil en mi caso. Reconozco que siempre me ha costado levantarme. Aún hoy me parece estar oyendo a mi madre cuando, viviendo todavía en su casa, me decía después de haberme llamado cinco, seis o hasta diez veces sin resultado alguno: «Nooo, si para acostarte no tienes prisa, pero luego para levantarte no hay quien te mueva... ¡Te quieres levantar de una veeeeez!». Era un viernes del mes de octubre y empezaba a hacer frío. ¡Y se estaba tan a gusto en la cama! Mientras sopesaba si de una vez me levantaba o no, sentí en la cara una humedad familiar. Kika, mi perra cruce de husky siberiano, había empezado a lamerme como tenía por mala costumbre cuando me veía en posición horizontal. Ya no había remedio; si no quería acabar con un eritema facial gracias a su cariñosa insistencia lo mejor era ponerme en pie de inmediato.

Encendí un cigarrillo. Las buenas costumbres no hay que perderlas y yo, una vez pongo los dos pies en el suelo al bajarme de la cama, lo primero que hago es fumar. Bueno, la verdad es que es lo primero que hago al levantarme, diez minutos después, cuando salgo de la ducha, antes de desayunar y después... y, cómo no, lo último antes de acostarme. Fumo mucho y, como dijo María Dolores Pradera en una entrevista que le hizo Cayetana Guillén Cuervo en televisión, fumo «muy feo», mordiendo la boquilla del cigarro hasta casi acabar con ella. ¡Qué le vamos a hacer!

Ya en la ducha, intenté repasar mentalmente la mañana que tenía por delante. Pero algo se interponía entre mis pacientes y yo. Una más que apreciable «curvita de la infelicidad» atraía recurrentemente mi atención. Llevaba tres semanas padeciendo, de manera voluntaria, un proceso de desintoxicación de Coca-Cola y hasta ese momento los resultados eran descorazonadores.

Maldije, miré al frente y sólo así logré centrarme en los casos. En primer lugar debía ir a visitar al perro de un matrimonio que, por lo visto, no quería dejar de orinarse en la vivienda. Después tenía otra cita con una pareja joven que estaba sufriendo las iras de los vecinos porque su animal ladraba, aullaba y lloraba cuando lo dejaban solo (y probablemente no hacía nada más porque, como todo el mundo sabe, los perros todavía no han aprendido a insultar). Por último, antes de la comida, el turno era para la familia García-Corrales. Habían contactado conmigo a través de su veterinario, ya que su perra pastor alemán tenía la cola mucho peor de lo que hubiera tenido yo la cara si hubiese dejado que Kika me la siguiera lamiendo. Probablemente y, bromas aparte, éste iba a ser el caso más complicado de todos los que tendría hoy.

Pero, ahora que caigo, he empezado a contar mi vida, así como si nada, y ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Hernández, Pablo Hernández. No me gusta el martini, ni agitado ni removido, pero me encanta el cine, tengo treinta y ocho años, mido uno setenta y pico, el peso no lo voy a mencionar, para no asustar, y en general podría decirse que soy una persona «relativamente» normalita... salvo, quizá, por mi profesión: soy etólogo veterinario. ¿Que qué es eso? Buena pregunta. Para algunos soy un psicólogo de animales, para otros algo parecido a un adiestrador de perros y, para los menos, afortunadamente, «... el chico este que ha venido a casa a ver a Panchi», como comentan a su cuñada cuando les pregunta por teléfono por qué no la pueden atender en ese momento. En realidad, y de forma

resumida, mi trabajo consiste en corregir (o tratar de hacerlo) los problemas de conducta que afectan a los animales de compañía, es decir, perros y gatos principalmente.

Hay mucha gente que aún hoy no ha oído nunca esa palabra: etólogo. Cuando te dicen que el veterinario les ha recomendado que hablen contigo porque eres enólogo, entomólogo o ecólogo, te das cuenta de que lo que para ti resulta normal, para ellos es algo como de otra galaxia. Sin embargo, en lo que muchos coinciden es en afirmar que debe de ser un trabajo la mar de interesante. La verdad es que es un trabajo poco habitual y generalmente apasionante pero, sobre todo, muy, muy peculiar. En cualquier caso, para el que piense, como dicen burlándose los amigos, familiares y conocidos, que tumbamos al animal en un diván y nos dedicamos a hablar con el perro o gato en cuestión, que quede claro que esto no es así. «¡Qué pena!», pensarán muchos. «¿Ah, no?», se extrañarán otros. Y, entonces, «¿cómo se hace?», se preguntará la mayoría. A todos ellos, debo informarles de que nuestro trabajo como veterinarios especializados en corregir problemas de comportamiento consiste básicamente en hablar mucho con el propietario, observar al animal y tratar de modificar la conducta, tanto de uno como del otro, mediante diferentes técnicas, para conseguir que la relación sea mucho más satisfactoria para todas las partes implicadas. Y eso es todo, ya está. Ni divanes, ni gestos al estilo Cocodrilo Dundee para amansar a las fieras, ni látigos como Ángel Cristo, ni nada parecido.

Bueno, ¿dónde me había quedado...? ¡Ah, sí!, en la ducha. Huuummm, me quedaría años en la ducha. Me encanta sentir el agua caliente cayendo por mi cabeza y aprovechar para beber sorbitos cuando llega a mi boca. Sí, sí, el agua caliente, ¡qué pasa! Ya he dicho que era una persona «relativamente» normal, no absolutamente normal. No soporto el agua helada, sin embargo me la puedo beber hasta a 40 grados y tan contento. A otros les gustan cosas más extrañas, ¿no?

Salí de la ducha y comencé a secarme con la toalla. Me vino a la cabeza uno de los casos que había visto el día anterior. Gerardo era un hombre mayor, de unos setenta años, que vivía solo con Martín, su perro de aguas español^[1]. A Martín nunca le había gustado que Gerardo le secara las patas cuando se las mojaba durante el paseo, pero el problema era que últimamente llegaba a morderle simplemente por intentarlo. Al contrario de lo que mucha gente podría pensar, este perro no era un perro «malo» en absoluto. Su problema era que se sentía muy amenazado por su dueño cuando intentaba secarlo. Los que conozcan un poco a los perros de aguas sabrán que tienen una tendencia bastante acusada a ser desconfiados, aunque normalmente no con sus dueños. Sin embargo, en este caso, que le sujetaran las patas provocaba en él una reacción defensiva muy importante.

Pero ¿por qué secarle las patas le hacía ponerse a la defensiva? En el comportamiento canino, cuando un perro quiere lastimar seriamente a un oponente, su primer objetivo es derribarlo para poder atacar sus zonas más débiles. Para derribarlo lo más efectivo es morder sus patas y así conseguir que caiga al suelo. Por tanto, la víctima del ataque deberá tratar en todo momento de mantener sus patas alejadas del atacante. En muchos perros, si hacemos la prueba y les intentamos coger las patas, sobre todo las delanteras, podremos observar cómo tratan de evitarlo.

Si consideramos de esta forma el problema de Martín, veremos que lo que intentaba hacer al principio era evitar que su amo le «mordiera» las patas y ser derribado. Pero Gerardo, ignorando lo que su perro trataba de comunicarle, continuó secándolo cada vez que se mojaba. Este fallo de comunicación condujo a Martín a tomar otra actitud más radical para zafarse de la situación: intentar morder. El enfrentamiento entre ambos fue en aumento y al final Martín logró lo que pretendía: que Gerardo dejara de secarlo.

Y esto era un gran problema para su dueño, rutinario, maniático con el orden y escrupuloso con la limpieza como pocos hombres he visto. No llegó a pedirme que me descalzara cuando fui a visitarle, como ya me había ocurrido en una ocasión, pero debió de faltarle poco.

—Es una verdadera faena —me comentó durante la conversación—. Precisamente elegí esta raza porque sabía que no soltaban pelo, y mira..., me va a pasar esto.

Como solución temporal, Gerardo había optado por cubrir el suelo de la casa con alfombras y toallas viejas, lo que le incomodaba bastante. Se disculpó varias veces sobre el aspecto desastroso que tenía la casa sin que pareciera consolarle lo más mínimo mi afirmación de que la mía estaba mucho peor.

Una vez le hube explicado cuál era el problema de Martín, pasé a darle los detalles sobre el tratamiento a aplicar. Deberíamos hacer una serie de ejercicios, mediante los cuales, consiguiéramos que el perro aceptase el secado de las patas al asociarlo con experiencias agradables. Para ello usaríamos premios succulentos que modificarían la percepción negativa que el animal tenía hasta ese momento de la situación.

—¿Y cómo se hace eso exactamente? —me preguntó.

—Hay que seguir varios pasos —respondí—. Lo primero que vamos a hacer es enseñar a Martín a asociar los premios comestibles con un sonido específico que nos facilitará el proceso.

—¿Cómo que un sonido?

—Sí. ¿Te acuerdas de esas ranitas que había antes que hacían «click-click»?

—Sí, claro.

—Pues eso mismo lo hay ahora en forma de una cajita, que se llama clicker^[2], en la que va insertada la chapita que produce el sonido al presionarla. De esa manera se consigue más resonancia.

—¿Y para qué queremos usar eso?

—Es un tipo de adiestramiento que se llama adiestramiento con clicker. Se usa porque parece ser que los animales están más concentrados en hacer lo que les pedimos cuando aparece el sonido como paso previo a recibir la comida. Además, permite premiar al animal en el momento adecuado, sin que tengamos que retrasarnos en sacar la comida del bolsillo o cogerla del recipiente en donde la tengamos.

—Perdona, pero no lo entiendo muy bien.

—Verás. Aunque el sonido siempre aparece antes de recibir un premio, este premio no está a la vista realmente. Por tanto, en vez de que el perro esté pendiente de conseguir la comida que de otra forma tendríamos en la mano, lo que logramos es que esté más concentrado en lo que estamos haciendo. Así, conseguimos que el proceso sea más rápido e incluso más divertido para él. ¿Hasta ahí queda claro?

—Sí, creo que sí.

—En cuanto a lo de premiarle en el momento adecuado, si tenemos que dedicarnos a coger el premio de algún sitio alejado donde lo hayamos dejado, para que no esté pendiente de él, puede suceder que cuando vayamos a dárselo ya no esté haciendo lo que queremos, sino todo lo contrario. En ese momento, ya no le podremos dar el premio, perderemos una oportunidad de avanzar y además conseguiremos que el animal no entienda nada de lo que está pasando. Cuando le condicionamos al sonido estamos enseñándole que lo que está bien hecho es lo que estaba haciendo cuando oyó el click, sin importar cuándo recibirá el premio. ¿Cómo lo ves?

—No sé...

—Te lo explico exactamente con lo que vamos a hacer. Lo que intentamos conseguir es que Martín se deje secar las patas sin problemas, ¿no?

—Eso es.

—Bien. No podemos pretender que de hoy para mañana lo tolere. Debemos hacerlo progresivamente, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Para ello, deberemos empezar simplemente porque acepte que le pongas la toalla encima de una de las patas durante un segundo, por ejemplo. Si al hacerlo, sin apretar ni hacer ningún otro movimiento, Martín no la retira, entonces, en ese momento justo, haremos click. Aunque después retiremos la toalla y nos acerquemos hasta esa mesa a coger los premios que tengamos allí, para Martín quedará claro que haber permitido tener la toalla encima durante ese corto espacio de tiempo ha sido hacer lo correcto.

—Ya veo.

—Poco a poco, podremos ir teniendo la toalla sobre su pata más tiempo, luego podremos frotarla ligeramente y así sucesivamente hasta que lleguemos al final. Si en algún momento retira la pata, simplemente no haremos click y no le daremos un premio. Eso le indicará que no ha hecho lo correcto. Repetiremos la operación y en cuanto mantenga la pata en la misma posición sin retirarla volveremos a hacer click. Podemos decir que es como jugar a «frío y caliente»^[3].

—Ya, ya, ya... Pero ¿por qué hay que usar el clicker?

—Se podría usar simplemente una palabra, el problema es que podríamos variar la entonación o decirla de forma ligeramente diferente y eso podría despistar al animal. Con el clicker eso no pasa, ya que siempre suena igual y además el sonido es casi inconfundible.

Finalmente Gerardo comprendió a la perfección lo que íbamos a hacer.

En esa primera consulta nos limitamos a condicionar a Martín al sonido del clicker. En las sucesivas visitas pusimos en práctica los ejercicios y enseñé también a Gerardo cómo él debía ir avanzando los días que no teníamos sesión. Le insistí en que era muy importante en estos casos progresar

lentamente, al ritmo que marcase el animal, ya que de lo contrario corríamos el riesgo de tirar por la borda los avances conseguidos.

Fue un proceso lento y trabajoso, pero mereció la pena. No pudimos empezar simplemente por ponerle la toalla a Martín sobre una de sus patas, como le había indicado a Gerardo en el ejemplo, ya que incluso ese pequeño estímulo provocaba que el perro se alejase y enseñase los dientes. Tuvimos que comenzar por enseñarle la toalla, nada más.

«Click-click», se escuchó.

—¿Has visto? Como le he enseñado la toalla y no ha retrocedido, ni ha enseñado los dientes, hago click. ¿De acuerdo?

—Sí, está claro.

—Pruébalo tú.

Gerardo probó a acercarse a Martín con la toalla en la mano, pero éste hizo ademán de alejarse, mientras volvía la cabeza hacia un lado.

—Espera, no avances más. Aguarda un poco y retrocede varios pasos.

—¿Hasta aquí?

—Sí, ahí está bien..., a ver, enséñasela ahora.

Martín se quedó quieto, más tranquilo.

—Muy bien. Haz click ahora.

Gerardo le dio el premio a su perro tras haber apretado el clicker.

—Repítelo de nuevo.

Martín volvió a actuar igual. Después de varios intentos Gerardo pudo acercarse mucho más a él con la toalla en la mano. Cuando intentó ponerla sobre su pata, el animal volvió a retroceder, aunque no llegó a enseñar los dientes. Le recomendé que la pusiera en el suelo, cerca de su pata. Así todo fue bien. Poco a poco y repitiendo muchas veces los ejercicios pudimos ponerle la toalla encima de una de sus patas.

Los siguientes pasos fueron dirigidos a que se dejara coger las extremidades. Empezamos por, simplemente, ponerle la mano detrás de una de ellas. Cuando esto no provocó reacción ninguna, pasamos a rodearla por detrás, luego a levantarla del suelo, sujetarla y, por último, mantenerla en el aire mientras con la otra mano le acariciábamos suave y brevemente.

A partir de ahí las cosas fueron mucho más fáciles, aunque hubo momentos en que debimos avanzar más lentamente; por ejemplo, cuando Gerardo intentó rodear la pata de Martín con la toalla o cuando llegó el momento de cogerle la extremidad con una mano y empezar a frotarle con la toalla. Unos tres meses después, tras muchas sesiones semanales, conseguimos que Martín no sólo soportase el tacto de la toalla pasando sobre su pelo de arriba abajo y viceversa repetidas veces hasta estar perfectamente seco, o que se le cogieran las patas, sino que logramos que estuviera encantado de que lo hiciera. Cuando veía la toalla, corría hacia Gerardo y se sentaba, ¡dándole la pata para que él la cogiese! Se acabaron las alfombras y las toallas por el suelo; la casa de Gerardo volvió a lucir como lo había hecho tiempo atrás.

Me vestí rápidamente y bajé a la cocina a desayunar. De pie, un Donut y una Pepsi-Cola. Ya, ya, ya, ¿qué ha pasado con la desintoxicación voluntaria? Pues nada, simplemente que como no me gusta el café, ni el Cola Cao, ni el Nesquik, ni la leche, ni me llaman demasiado la atención el té, ni la manzanilla, ni la menta poleo, ni los zumos embotellados de naranja, de piña, de melocotón y uva o de maracuyá con fruta de la pasión, ni nada que la mayoría de los españoles suelen desayunar, tengo que recurrir a la Pepsi que, eso sí, es más dulce que la Coca y con el Donut va mejor.

—¿Vas a venir a comer?

¡Pruuuufffff! Casi me atraganto con la Pepsi. Era Margarita, mi mujer. Estaba en el salón, repanchingada en el sillón,

viendo el informativo de Telecinco, con eh..., no sé quién que le gusta mucho cómo lo da. Me había cogido completamente desprevenido, ya que cuando yo había entrado al baño ella todavía no se había levantado, y al volver al dormitorio, pensando en Martín y Gerardo, no había reparado en que ella ya no estaba acostada.

—¡Dios, qué susto me has dado! ¿Pero tú no estabas en la cama?

—Pues no. Tú como siempre sin fijarte en nada... es que me tratas fatal.

—¡Jooooer!, ya estamos. Pero, Torpe^[4], yo qué sé. Pensaba que hoy no trabajabas por la mañana y no me imaginaba que te hubieses levantado ya.

—¿Ves?, lo que yo digo. Te conté ayer por la noche que hoy había quedado con Romina, la voluntaria de la protectora, para llevar al gato y dejarlo en adopción.

El gato en cuestión era un pobre ser blanco y negro, con aspecto de persa, que no debía de pesar más de dos kilos y que mi mujer había recogido de la calle en un estado lamentable. Era cariñosísimo y durante los diez días que estuvo en casa recuperándose de su estado de inanición no paró de ronronear ni un segundo.

Margarita, o Torpe, como yo la llamo, es una de las mayores amantes de los animales que he conocido nunca. Un día, al poco de empezar a salir, me explicó que, desde que recuerda, entre ella y su familia probablemente hubieran recogido y ayudado a adoptar a alrededor de ¡dos mil animales! Sí, sí, como suena, dos mil animales, entre perros, gatos, pájaros, etcétera. Conociéndola, no dudo en absoluto que sea cierto. Pero no sólo los recoge y los acoge, sino que los cuida con tanto amor que a muchas personas ya les gustaría que sus familiares les trataran igual. Con esto no quiero decir, ni mucho menos, que prefiera los animales a las personas, o que ayude a los animales y no manifieste la mínima compasión hacia los humanos. Todo lo contrario. Su generosidad y su actitud desinteresada las dirige de igual

manera hacia cualquier ser vivo, sea de dos, cuatro, seis u ocho patas... y si no tienen patas, también.

—¡Ahí va!, se me había olvidado. ¿A qué hora has quedado?

—A las once y media.

—Vale, o sea que llegarás antes que yo.

—¿A qué hora vienes tú?

—No sé, supongo que sobre las dos y media, más o menos. Depende del tráfico, ya sabes.

—Oye, acuérdate de que tienes que telefonar a la señora que te llamó ayer antes de que entráramos en el cine.

La señora de Coronado. Era una mujer que por teléfono parecía muy seria y que, como alguna vez ya me había pasado, al preguntarle su nombre para llamarla al día siguiente volvió a darme el de casada. Según me contó, quería que viese a su perrita porque desde que había fallecido su marido unos meses antes le era imposible dormir una noche entera. La perra le despertaba en mitad de la noche para que estuviese con ella, despierta. Incluso, si estaba con Linda, que así se llamaba la perra, en el sofá, y la señora de Coronado se quedaba dormida, entonces la despertaba otra vez y sólo se podía dormir cuando Linda era la que primero caía rendida. Tal y como averigüé unos días más tarde, cuando fui a visitarla, Linda era una caniche negra de doce años de edad adoptada seis o siete años antes, procedente de la casa de una pareja joven, bastante bien situada, que habían sido papás recientemente y que no querían al animal porque, según ellos, mordía a los niños. Pero Rosa Escudero, señora de Coronado, y su marido nunca habían detectado el menor signo de agresividad por parte de la perra, ni hacia niño alguno, ni hacia los adultos. Curioso, ¿no?

Resultó que Rosa en persona no era tan seria, ni mucho menos, como me había parecido por teléfono. Simplemente estaba agotada por pasarse tantas noches en vela. Al hablar con ella, me comentó que además de despertarla por